



CIEEM 2015/2016

## Lengua

Clase nº 30 ----- 14 de noviembre

### Taller de lectura y escritura

*Hoy es nuestra última clase de Lengua del Curso de Ingreso 2015/2016.*

*Para todo el equipo del C.I.E.E.M ha sido un orgullo acompañarte en esta hermosa experiencia que, sábado a sábado, puso a prueba tu esfuerzo, tu constancia, tu voluntad, tu compromiso y tus deseos de aprender. Queremos agradecerte por habernos permitido compartir esta etapa de tu vida que, sin duda, será una de las más importantes. ¡Felicitaciones por tu dedicación!*

*Para despedirnos, te invitamos a participar de este taller.*



Lee el siguiente el fragmento del cuento de Graciela Lagos, “*Historia con alpargatas, pavadas y carcajadas*”, y luego realizá las consignas:

El señor Barragán era un hombre serio y de pocas palabras. Igual que su esposa, Ana Barragán y que sus dos hijos, Alan y Clara.

Era una familia muy particular porque esas palabras, además de pocas, la única vocal que podían tener era la a. Y ésta era una ley propia de esa familia y como tal era respetada por todos, especialmente por el señor Barragán.

Vivían en el campo, en la provincia de La Pampa. Llevaban una vida tranquila y solitaria. No tenían amigos ni parientes cercanos y para Barragán estaba bien así.

Una noche mientras cenaban papas y batatas asadas, la mamá opinó que ya era tiempo de que Alan y Clara fueran a la escuela. A papá Barragán pareció no gustarle mucho la idea. Dando un golpe sobre la mesa con sus manzanas, respondió:

-¡Para nada! Alan va a trabajar acá. Para Alan, la chacra. Nada más.

Ana pensó que lo mejor era callarse y seguir esta conversación en otra oportunidad.

Al día siguiente, Alan estaba jugando a la payana y y canturreaba “La mar astaba sarana...”, cuando el vozarrón de Barragán interrumpió su juego:

-¡Alan, Alan!

Más rápido que un conejo, Alan corrió hasta el galpón donde su papá estaba pintando de blanco un portón. Pero venía con demasiado impulso como para poder frenar a tiempo. En un tris, papá Barragán se transformó en un fantasma. La pintura blanca le chorreaba desde la cabeza a los pies.

-¡Caramba, Alan! ¡Papanata, gran papanata- gritó furioso.

Alan estaba indeciso entre la risa a carcajadas o el llanto desconsolado. Pero antes de que pudiera decidirlo su papá le dio tanto trabajo para hacer, que por ese día no le quedarían ganas ni tiempo para nada más.

-Trasladá el al alazán para pastar. Cabalgá hasta la barraca. Atá la alfalfa.

-¿Nada más, papá?

-Al acabar, lavá las alpargatas.- agregó Barragán, ya dando la vuelta para ir a bañarse.

Clara, por su parte, no la pasaba mejor ni peor. A veces tenía tiempo para jugar y en ocasiones, debía ayudar a su mamá en las tareas de la casa.

-¡Clara! –la llamó su madre.

-Ya va, mamá.-contestó Clara sin la menor intención de dejar de jugar.

-¡Claraaa! –vociferó nuevamente.



Sin más remedio, Clara apareció con cara de “yo no fui”.

-Lavá las sabanas, planchá. Al acabar, amasá la tarta para mañana.

-Lavar, planchar, amasar. Bah, pavadas, pavadas. Más pavadas –protestó Clara.

-Hala, hala, a trabajar, haragana.

Más o menos así transcurrían los días de los Barragán. A veces con más trabajo, otras con menos; a veces con más palabras, otras con menos. Uff y eso era tan aburrido como pintar

La vida del mismo color o gustar siempre del mismo sabor.

Hasta que un día –porque siempre hay un día en que ocurre algo importante- Ana Barragán decidió que ya era tiempo en que sus hijos vayan a la escuela. Y así se hizo. Al otro día los chicos fueron a la escuela sin tener la menor idea de con qué se iban a encontrar. La maestra los recibió en la puerta y les presentó a sus compañeros. Entonces... pasó lo que tenía que pasar.

Ninguno de los dos pudo emitir un solo sonido en toda la mañana porque estaban demasiado ocupados en escuchar. Escuchaban con los oídos, pero también escuchaban con la boca cerrada y los ojos bien abiertos. Las palabras entraban por todas partes, especialmente en la piel haciéndoles cosquillas como una lluvia de plumas multicolores. Estaban maravillados.

Al finalizar el día de clase, se despidieron de la maestra y cuando le preguntó si volverían al día siguiente, lo único que pudieron contestar a dúo fue un tímido “Ajá”.

En el camino de regreso a casa, tampoco pudieron abrir la boca. Cada uno caminaba sin hablar, pero esta vez compartiendo un silencio diferente.

Clara caminaba en zig-zag como borracha y mareada por tantas cosas divertidas, de novedosas nomás.

Alan iba a su lado bailoteando al son de una música de palabras que parecían salir de la tierra misma, danzando en espiral a su alrededor.

(...)

📌 Creá un diálogo eligiendo entre estas opciones:

- El que pudo ocurrir entre Alan y una compañera de la escuela al entrar al aula.
- El primero que pudo ocurrir entre Clara, Alan y los padres al llegar de la escuela.

📌 Hacé una lista de nombres posibles para un hermanito y una hermanita de Alan y Clara y si la única vocal permitida hubiese sido la “o”.

📌 Luego realizá otra lista de objetos, animales y alimentos permitidos si la única letra hubiese sido la “o”.

📌 “Las palabras entraban por todas partes, especialmente en la piel haciéndoles cosquillas como una lluvia de plumas multicolores.” ¿Qué palabras imaginás que eran las que les hacían cosquillas a los chicos? ¿Podés expresarlas?





CIEEM 2015/2016



Ahora te proponemos que leas el siguiente fragmento adaptado de “El señor Medina” de Iris Rivera:

El señor Medina fue aprendiendo a medir las palabras. Estaba orgulloso porque nadie le enseñó. Aprendió solo, de inteligente que era nomás.

El señor Medina siempre llevaba en el bolsillo la cinta métrica. El padrino se la había regalado de chico, porque todos en su familia tenían una. La cinta métrica era una tradición en la familia del señor Medina. Unos la usaban mejor que otros, pero todos la tenían. El padre había sido un gran abogado, la madre, una gran profesora; tenía tíos empresarios, un primo periodista y hasta un pariente lejano que ocupaba un importante cargo público... y todos sabían medir sus palabras.

Seguramente deberlos a ellos, habrá aprendido el señor Medina, mejor dicho de oírlos. Porque ver, lo que se dice ver, no se veía nada, como no fuera que, antes de hablar, metían la mano en el bolsillo derecho (donde guardaban la cinta) y pensaban un rato. Estaban midiendo.

Parece que, una vez que quedaban conformes con las dimensiones de lo que estaban por decir, recién lo decían.

Al principio el señor Medina se mandaba sus grandes macanas. No podía medir sin ser visto, como hacían sus parientes, así que sacaba la famosa cinta y la ponía sobre la mesa. Después soltaba la palabra en voz baja y la medía.

Por ejemplo:

LADRÓN

-A ver... una centímetro y medio...

No, muy larga

Y probaba otra :

DELINCUENTE

-Son... dos centímetros y medio... No, más larga todavía.

A ver:

PILLO

-Un centímetro y dos milímetros...

Esta podría andar.

Entonces la decía. Pero a esta altura había tardado tanto que la persona con la que estaba hablando se había aburrido, o estaba pensando en otra cosa, o directamente ya no estaba.

Con el tiempo el entrenamiento le dio velocidad y ya no necesitó poner las palabras sobre la mesa, porque podía estimar “a ojo”, o más bien “de oído”, la longitud que tenían.

Fue entonces cuando le regalaron la balancita. ¡Pobre señor Medina! Ni sospechaba que en su familia se usara también ese instrumento. La verdad es que los Medina se iban perfeccionando. Ahora, además de medir las palabras, también las pesaban,

Y el señor Medina tuvo que aprender. Veamos:

¡INSERVIBLE!

No... pesa como 800 gramos, no va.

Otra:

¡TORPE!

-Esta es más liviana: 470 gramos...

Pero igual es casi medio kilo

Busquemos otra:

¡DISTRAÍDO!

-¡Ah! Esta pesa apenas 100 gramos. No está mal.

Entonces el señor Medina la usaba y el inservible que tenía delante se iba contento, pensando que no era un inútil



CIEEM 2015/2016

sin remedio, sino apenas un simpático “distráido”

Y el señor Medina se iba contento porque todos opinaban bien de él, lo tenían por un tipo comprensivo que sabía tratar con cortesía a las personas. Muchos lo admiraban por su calma, su prudencia y su amabilidad. Claro, nadie sabía lo de la cinta y la balanza.

Siempre tomando en cuenta el peso y la medida, cambiaba “haragán” por “desganado”, decía “desagradable” en lugar de “asqueroso” y “desprolijidad” en vez de “mugre”. Había palabras largas y livianas que siempre eran preferibles a otras que, aunque fueran cortas, eran demasiado pesadas.

Un día el señor Medina se puso a revisar su muy cuidado y elegido vocabulario y se dio cuenta de algo que, hasta el momento, no había notado: el color de las palabras. Notó que todas las palabras usadas por el eran de color gris. Gris claro, gris oscuro, grisadas, grisáceas. Todas eran palabras grises.

Y por último notó que el color gris les iba entrando a medida que las medía, a medida que las pesaba.

Algo andaba mal para el señor Medina, y se sentó en el bar de la esquina, en una mesita de la vereda, a tomar un café. Mientras esperaba al mozo se puso a escuchar con atención a la gente que pasaba. Unos hablaban en verde, en lila, en amarillo; otros charlaban en anaranjado, en azul Francia, en rosa.

Los únicos que conversaban en gris eran los que caminaban con las manos en los bolsillos y entonces el señor Medina sospechó qué era lo que guardaban en ellos. Los únicos que conversaban en gris eran los que medían.

(...)

Se levantó y con paso decidido, se encaminó a la plaza más cercana. Allí encontró, en el medio, una estatua ecuestre. Se trepó al monumento, lo más alto que pudo y se puso a gritar con toda el alma un montón de palabras de colores brillantes. Eran palabras largas, medianas y cortitas, pesadas y livianas. El señor Medina ya no tenía con qué medirlas ni con qué pesarlas. Así que las gritaba sin tener idea de su peso y longitud, y por eso las palabras le salían de todos colores. Viboreaban en el aire con destellos fosforescentes, a la manera de serpentinas locas, y algunas hasta tenían chispitas como los fuegos de artificio. Eso sí, ninguna era gris.

La gente se empezó a juntar para ver y oír el espectáculo. La gente se reía, el señor Medina se reía y no paraba. ¡No era para menos! Aquella era una lista interminable de infinitas palabras desmedidas.

- 📌 Al cuento anterior le falta un episodio. ¿Te animás a escribirlo en 6 renglones? Observá que el señor Medina ya no podía medir las palabras. ¿Que pudo haber pasado con sus instrumentos? Recordá mantener la coherencia con el resto de la narración, con la historia y con el narrador.
- 📌 “Aquella era una lista interminable de infinitas palabras desmedidas” Imaginá diez palabras de esa lista y escribilas. ¿Pueden hacer cosquillas?
- 📌 Imaginemos que en esa lista estaban los siguientes animales: “mosquifante”, “caracolonte”, “tigredrilo”, “loboburón”. Elegí el que más te guste y realizá una descripción de su aspecto físico. No te olvides de usar recursos de la descripción (adjetivos valorativos, enumeraciones, etc.). Incorporá la descripción en un relato sobre el origen de este animal.
- 📌 ¿Te animás a crear otras cuatro palabras desmedidas?

*Nunca dejes de valorar cada palabra que compartas.*

*Hasta siempre...*